

Autor: Abilio Ayuso

LOS GEMELOS

Ilustrador Ronny Bravo



Dicen que la verdadera belleza reside en el interior de la persona,
en este relato, el dicho resultó ser cierto literalmente.

+14

Los dos hermanos hacían honor a su condición de gemelos univitelinos, ya que eran absolutamente idénticos, como dos gotas de agua, sin embargo, curiosamente sus caracteres no podían ser más diferentes.

Jorge era reflexivo, de talante tranquilo y moderado, con capacidad de esfuerzo, amante de los temas realmente trascendentes, era el tipo de chico discreto, que no le gusta dar la nota.

Sin embargo, Fernando era banal, caprichoso, chulesco, deseoso de ser el centro de atención.

Cuando a sus padres les preguntaban como podían reconocerlos, contestaban con una sonrisa: “Es fácil, el que hace el gilipollas es Fernando”.

Esta disparidad de caracteres desconcertaba por completo a sicólogos y médicos, que en ocasiones habían solicitado a los padres, someter a los chicos a una serie de pruebas que permitieran descifrar la causa de ese contraste de perfil psicológico en dos personas que compartían idéntico ADN. Pero la respuesta siempre era la misma: “Son como son, y listo, el que quiera experimentar que se compre monos”.

Así fueron creciendo, iguales en el físico, pero con una mente muy distinta.

En lo que si coincidieron fue en el día y lugar en que se emparejaron.

Acababan de dejar atrás el cuarto de siglo de existencia, y los dos habían tenido amigas, algún amorío, principalmente Fernando, pero nada serio.

Sin embargo, en aquella fiesta veraniega, los dos conocieron a las que serían sus futuras esposas.

En el centro de la pista bailaba con movimientos insinuantes Silvia, la que en pocas palabras podría definirse como: “Una tía buenísima”.

Su vestido de punto con escote generoso y falda que apenas le tapaba las bragas realzaban su tipazo de escándalo, su melena rubia al agitarse redondeaba el cuadro.

Fernando lo tuvo claro, fue directo hacia ella, se auto presentó, y en unos minutos estaban enrolladísimos.

Jorge, por el contrario se apartó de la zona central donde estaba el barullo, y paseó por el área más retirada de los jardines.

Allí, sentada en un balancín bajo una pérgola, vio una muchacha ataviada con un simple vestido de lino blanco, que contemplaba absorta la luna rojiza que emergía por el horizonte.

Se preguntaba qué haría aquella chica en un lugar tan solitario, pero a medida que se acercaba la respuesta se hacía evidente, porque la pobrecilla no tenía nada de agraciada.

No solo era su rostro con un ojo prácticamente cerrado y una parte de la cara deformada y con cicatrices, sino su cuerpo irregular rematado por una pierna más corta que la otra.

No era de extrañar que prefiriera estar apartada, para no sentir sobre sí las miradas de burla, desagrado o compasión.

A Jorge las chicas triunfadoras, súper agraciadas, que iban por la vida pisando fuerte, le caían mal ya de entrada, por eso sintió una repentina simpatía por aquella pobrecilla que prefería permanecer oculta.

A modo de presentación le dijo: “Hola, me llamo Jorge, ¿Puedo sentarme?”.

Ella esbozó una sonrisa y contestó: “Sino te molesta contemplar la luna al lado de una chica fea... Me llamo Ana”.

“No te catalogues, lo de fea o guapa es muy relativo, a mí me resultas muy agradable, sino no hubiera buscado tu compañía”.

“Entonces es que tienes mal gusto, porque en la zona de baile hay chicas guapísimas”.

“Si, mi hermano gemelo está ligando con una de ellas, la reina de la pista, pero yo no pasaría la velada con ella ni por mil euros”.

“¿Y conmigo sí?”.

“Si a ti no te molesta, aunque nos acabamos de conocer contigo me siento muy a gusto”.

“¿Molestarme?, tendría que estar loca para que me molestara que un chico guapo, educado y de voz suave me rescate de mi soledad”.

Y hablaron y hablaron durante horas, en un momento en que ella tuvo un escalofrío Jorge la cogió por el hombro diciéndole: “Ven aquí pajarillo que tienes frío”.

Mientras la luna subía por el horizonte ellos descubrían que tenían muchas cosas en común, él ni se acordaba ya de los defectos de su compañera y la trataba con tanta naturalidad que ella no se sentía como el patito feo.

En un momento dado callaron, se miraron y él la besó dulcemente. Ella no le rechazó, pero al acabar, apartó la cara, y en un tono algo amargo le dijo: “Jorge, el hecho de que nos sintamos compenetrados hablando, no quiere decir que tengas la obligación de ser romántico con una pobre tullida”.

Él la tomó con una mano por la barbilla obligándola a mirarle y con la otra la cogió por la muñeca al tiempo que le decía: “La última cosa que quisiera es ser grosero con una mujer como tú, así que por favor no lo tomes a mal, yo puedo mentirte, porque tú no sabes lo que hay dentro de mi cerebro, pero hay cosas que difícilmente mienten”. Al mismo tiempo fue estirando de su mano hasta depositarla encima de su bragueta, haciéndole notar su pene que estaba duro como una piedra.

Ana se quedó un instante paralizada. Luego lanzó una ahogada exclamación y retiró su mano como si le hubiera picado un escorpión, se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar casi en silencio.

Jorge la abrazó fuertemente y comenzó una disculpa: “No te enfades Ana, no quería ponerte triste, pero pensé que era la única forma de que me creyeras...”.

“Calla tonto, ¿Quién te dice que estoy enfadada?, a veces las mujeres lloramos por cosas muy diferentes”.

A partir de ahí, las palabras dieron paso a los besos y las caricias. Sino hicieron el amor en el balancín fue porque ambos eran muy discretos.

En un momento dado él le dijo: “Ven conmigo, aquí llega un momento en que te sentirás incomoda, tengo una estupenda habitación en casa de mi tío donde nadie nos molestará”.

Los que no fueron tan discretos fueron Fernando y Silvia, a medianoche se encerraron en un lavabo y según sus propias palabras: “Pegaron un polvazo brutal”.

Los siguientes días de vacaciones las dos parejas fueron inseparables.

A pesar de sus diferencias, los dos hermanos se tenían un gran aprecio y respeto.

A pesar de su carácter extrovertido, Fernando no le comentó a Jorge nada parecido a: ¿Porque se había liado con aquel callo malayo?.

Únicamente se atrevió a decirle en broma: “Ya sé que somos idénticos, pero prohibido dar el cambiazo y hacerte pasar por mí, cada uno con la suya”.

A lo que Jorge respondió riendo: “Solo podría hacerme pasar por ti en estado de anestesia, de otra forma me resultaría imposible imitarte”.

Tampoco Jorge preguntó a su hermano como había podido enrollarse con aquel putón verbenero.

La familia y amigos tuvieron ideas opuestas de los dos noviazgos.

En cuanto a Ana, pensaron que: Lástima que una chica tan buena persona culta e inteligente fuera tan poco agradecida.

Y de Silvia que lástima que una chica tan guapa fuera tan tontita, banal y pendón.

Tío Francisco añadió: “Si con la presencia de Silvia y el carácter de Ana pudiéramos construir una mujer, sería perfecta.

Pero su mujer respondió: “Pero imagina que nos sale al revés, que abominación”.

No tardaron mucho en casarse, en una misma ceremonia, hasta compartieron el viaje de boda.

Hay que reconocer que Fernando, contrariamente a lo que era habitual en él, se comportó como un caballero con Ana, sin hacer ninguna alusión a su fealdad. Únicamente se permitía decirle cuando la encontraba en la piscina del hotel: “No me beses que soy Fernando”.

A lo que ella respondía riendo: “Calladito haces que dude, pero en cuanto abres la boca...”.

No tardaron demasiado en dejar embarazadas a sus respectivas mujeres. Los dos tuvieron una hija casi por las mismas fechas, pero se veían poco porque cada hermano tomó un rumbo diferente, habitando en ciudades distintas.

Pasados siete años, las dos parejas consiguieron reunirse, durante las vacaciones, en el mismo pueblo donde se habían conocido.

Estaba la familia reunida en el jardín mientras las dos niñas jugaban en el césped, una era rubita y preciosa, una verdadera muñequita, la otra fea, desgarrada, un punto obesa, con pelo color ala de mosca, gafas de culo de botella y nariz como un pimiento.

Cuando llegó tío Francisco dijo: “A ver, presentarme a las dos criaturas que no las he visto desde que nacieron”.

“Allí las tienes jugando en el rincón”.

El tío se acercó y le dijo a la rubita: “Déjame adivinar, tú eres la hija de Fernando”.

“No, mi papá es Jorge”.

“Ah...”, se volvió hacia la gafotas y dijo: “Entonces tú...”.

“Si, mi papá es Fernando”.

“Bueno, está visto que como adivino no valgo nada”. Dijo el tío Francisco retirándose pensativo.

Pero en la siguiente media hora no paró de lanzar miradas furtivas a las niñas, hasta que consiguió hablar a solas con el abuelo y le soltó a bocajarro: “¿Cómo es posible lo de las niñas, estás seguro de que no les han dado el cambiazo?, ellos no cuentan porque tienen el ADN idéntico, pero la que parece hija de Silvia es hija de Ana, y al revés”.

El abuelo río de buena gana antes de contestar: “Mira Francisco ¿Tú no has visto la película de la bella y la bestia, en que se dice que la belleza está en el interior?... Pues en este caso se cumple”.

“Eso queda muy bonito, pero como no hables más claro...”.

“Te lo explicaré de forma más sencilla: Si una mujer se opera las ocho dioptrías de la vista, se arregla la nariz los pómulos y el cuello, se hace liposucción, se pone silicona aquí y allá, y se tiñe de rubio, ¿Su ADN en que varía?”.

“En nada supongo”.

“Exacto, y si otra guapa, atlética y bien formada tiene un accidente al practicar parapente y cae desde bastante altura contra un bosque en el que rebota con mil golpes, quedando como una muñeca rota y salvando la vida de milagro después de doce operaciones, ¿Su ADN en que varía?”.

“Tampoco debería cambiar”.

“Pues ahí está la explicación, Fernando se dejó deslumbrar por la fachada, mientras que Jorge supo ver en el interior, por eso cada cual ha cosechado los frutos de su perspicacia”.

“Joder, pues si alguna vez se me ocurre tener un hijo, cosa que a mi edad veo difícil, antes que nada, le pediré a la socia las fotos de su infancia”.

FIN...